

Gil Foix, el protagonista de *La Febre d'or*, no desmiente nunca su procedencia de ex-carpintero avaricioso, sin otra instrucción que la de las prácticas mercantiles, adquirida en un desdichado viaje á la isla de Cuba, y utilizada en negociaciones progresivamente fructíferas: es un hombre que á duras penas mide la talla de burgués aprovechado, y carece, no sólo de genio, sino de resolución y energía francas. Entre el coro de parientes que le rodean se distinguen dos grupos: el de los que le quieren, y el de los que le explotan y arruinan. Sobre el nivel de todos ellos se destacan dos figuras: Doña Mónica, madre política del banquero, y Francisco, su cuñado, el pintor que con las bruscas sacudidas de su humorismo trae continuamente á la memoria de la familia de Gil Foix las máximas del buen sentido, ridiculizando el fausto de que aquélla alardea, y con la amargura del desvío y la mordacidad consigue curar los malos resabios de pedantería y ligereza que deforman el carácter de *La Delfineta*, su sobrina, y más tarde su consorte.

El idilio de estos amores, que, como flor entre ruinas, surge de la catástrofe que hunde en la miseria y el descrédito la casa de los Foix, pudo haber tenido en Oller intérprete feliz; pero sólo está apuntado en cifra y con la sobriedad que hubiera debido emplearse más bien al referir las correrías galantes del banquero en París. No se necesita ser adversario de Zola y el naturalismo para persuadirse de lo mucho que ganaría la novela invirtiendo el orden de importancia concedido por el autor á entrambos episodios.

Apreciando en conjunto *La Febre d'or*, se colige como consecuencia que Oller ha ido ganando en un terreno lo que ha perdido en otro; que su tacto de narrador experimental crece á expensas de la frescura imaginativa y la intensidad del sentimiento; y en resumen, que, para no extremar sus cualidades nativas, las cohibe más de lo justo, no sé si en aras

de convicciones personales, ó de los caprichos de la moda.

Bien al contrario procede otro novelista catalán á quien ya conocen mis lectores como autor dramático, y de cuya pluma han brotado *La Familia dels Garrigas*<sup>1</sup>, *Jaume*<sup>2</sup> y *Niobe*<sup>3</sup>, serie ligada por tan estrecho vínculo de afinidad y dependencia como el que podría haber entre las partes de una misma narración. La espontaneidad absoluta y sin trabas, el desenfado versátil con que se produce en las tres obras mencionadas José Pin y Soler, constituyen el atractivo más poderoso de cuantos las embellecen, pero también el principio disolvente que las despoja de proporción y medida, y que así en el fondo como en el plan, estilo y lenguaje, tiende á la originalidad no siempre por el buen camino. Lo único que asemeja las obras de Pin á las de la escuela naturalista es la multitud de documentos humanos recogidos directamente, con esmero y prolijidad, del libro de la experiencia; así como la índole de la fábula, el modo de conducirla, y más aún los golpes de efecto que en ella nos sorprenden, produciendo un interés de mera curiosidad, pertenecen al género romántico de antigua casta.

A despecho de las deficiencias de ejecución, está evocada con realidad intensa la historia de la familia de los Garrigas, comenzando por el amo de la *massia* del Molino Viejo, tipo de la autoridad paterna que no abdica ni condesciende, continuando en sus hijos, el *hereu*, de alma atravesada é indócil, y el segundón, Jaime, que cansado por los disgustos domésticos, sin vocación para la carrera eclesiástica, y enamorado de la de artista, cuyas peripecias prefiere á la tranquilidad, para él monótona, del Seminario, huye al extran-

<sup>1</sup> Barcelona, 1887.

<sup>2</sup> Idem, 1888.

<sup>3</sup> Idem, 1889.

jero y sufre los horrores de la miseria antes de realizar sus sueños de oro; y acabando por el grupo lastimero de la tía *Pona* (Josefa), la Mercedes y Narciso, hijos también, bastardo el último, del anciano Ramón Garriga.

En el título de la segunda novela de Pin y Soler (*Jaume*) se declara suficientemente quién es su protagonista, acerca del cual recibimos noticias atrasadas, antes de seguirle en sus glorias y fracasos musicales, y en sus amos con la hija de cierto ricacho que no le quiere por yerno (Guadalupe Salvat) y con una cantante célebre (la Paulina). Al mismo tiempo que se frustra el matrimonio de Jaime, se efectúa el de su hermana con un hombre que no llena su corazón, porque en él conserva, como impuro rescoldo entre cenizas, vivísimo afecto hacia el compañero de la infancia que un día apareció ante sus ojos como un hermano, sin que bastasen ni las distancias ni lo terrible del descubrimiento á romper el vínculo de la secreta pasión incestuosa. Al presentarla convertida en sacrilego frenesí, por las circunstancias agravantes de ser ya sacerdote Narciso y de encontrarse Mercedes en los últimos instantes de la vida, no sólo traspasa el autor los límites de toda razonable libertad, sino que desfigura en la forma más inverosímil y antipática el carácter de los dos personajes y de la narración, en la que concluye lo accesorio por usurpar el puesto de lo principal.

*Niobe*, que es el libro con que cierra Pin y Soler su trilogía, es también lo más equilibrado de cuanto ha escrito, lo que denota más penetración y estudio dentro de lo vulgar de la fábula, reducida en síntesis á la historia de los afanes estériles que atormentan á Ramón Garriga, hijo natural de Jaime, para buscar y conocer á la infeliz madre que le llevó en su seno, y que, anhelosa del mismo objeto, se ve condenada á sufrir iguales desengaños y á llorar como la heroína mitológica que da nombre á la novela. Por lo sincero y pro-

fundo del sentimiento, hay en ésta páginas, las finales muy en particular, que causan imborrable emoción y compensan lo prolijo y dislocado de algunas digresiones.

En igual fecha que la primera obra de Pin y Soler, se publicaron reunidos los *Recorts d'un excursionista*<sup>1</sup>, por Carlos Bosch de la Trinxeria, que en sus trabajos posteriores<sup>2</sup> ha continuado fiel al propósito que aquel título indica, de evocar ingenuamente y sin artificios el mundo de impresiones personales recibidas en el consorcio íntimo con una naturaleza fuerte y primitiva, cuyos encantos ha sentido Bosch como fervoroso neófito iniciado en recónditas bellezas, inaccesibles á la mayoría de los que viven entre el vértigo y la molición de nuestra refinada civilización. Lo malo es que con ese distintivo de originalidad laudable se mezclan otros de candidez pueril, amén de la incoherencia en los conceptos, de las confidencias intempestivas y las faltas del estilo; todo lo cual desentona y mortifica hoy doblemente por el esmero nimio de que alardean, por lo común, los maestros de la escuela contemporánea. ¡Cuánto ganarían los paisajes, las escenas rústicas, las copias del natural que vemos en las obras de Bosch, con un soplo de depuración artística que hiciese desaparecer las escorias y ordenara los materiales hacinados y dispersos! Porque no es potencia creadora, ni talento para estudiar los caracteres, ni menos vigor plástico en las descripciones, lo que falta al autor, sino gusto fino y educado, corrección y gracia, arte y lima, cualidades que no basta á suplir una espontaneidad simpática en parte, pero desmedida y viciosa.

Ajeno del todo á las oscilaciones y los caprichos de la moda en asunto de novelas; idealista á lo Chateau-

<sup>1</sup> Barcelona, 1887.

<sup>2</sup> *Plá y montanya* (1888); *L'hereu Noradell* (1889); *De ma cullita* (1890); *L'hereu Subirá* (1891); *Montalba* (1892); *Tardanas* (1892); *Lena* (1894).

briand, con decidida pasión por los amores tristes y los vagarosos fantasmas de la melancolía, aunque sin el corrosivo dejo de *Atala* y *René*, alcanza Martín Genis <sup>1</sup> una representación especial entre los novelistas catalanes, completada por el sabor al terruño patrio que domina en sus obras, y por el exquisito atildamiento de la frase. Procede del *Esbart* de Vich, como Verdaguer y Collell, y bien lo manifiesta en el fondo y en la forma de sus narraciones, sobre todo en la última publicada, *La Reyneta del Cadi*, historia autobiográfica de un enamorado cuyo ídolo, en que se cifra la perfección asequible á las criaturas humanas, es uno de esos ángeles en carne, seres misteriosos é ideales que puso en boga el romanticismo, y ostenta como remate de su hermosura el nimbo de la santidad. La riqueza del vocabulario que usa Genis, y el empeño de sustituir las palabras corrientes con otras de rancia estirpe, dificultan notablemente la inteligencia de sus obras á los que no conocen muy al pormenor los secretos de la lengua catalana.

Cultiva el género sentimental é idílico, con harto menor fortuna que Genis, su compatriota Luis B. Nadal, con cuyas novelas (*Margaridoya*, *Benet Roure*, etcétera) coinciden, por su espíritu timorato y su extraordinaria sencillez, las de José María Valls y Vicens (*Mas memorias*, *L'exemple*, *Guideta*, *Lo segador*), en que asimismo domina el carácter moralizador y doctrinal de la manera más imperiosa y escueta que puede concebirse.

No he de omitir aquí el nombre de Joaquín Riera y Bertrán, á cuyas numerosas producciones líricas y dramáticas se añaden las siguientes narrativas y en prosa: *Escenas de la vida pagesa* (1878); *Deu narra-*

<sup>1</sup> *Julita*, 1875.—*Novelas* (*Sota un tarot*, *Mercé de Bellamata*, *Quadros del Cor*, *Recorts d'una nit*).—Barcelona, 1882.—*La Reyneta del Cadi*, novela de costums.—Barcelona, 1892.

*cions*; *Novelas premiadas* (*Toméu Boncor*, *Lo poble del Alzinar*), y *Escenas de ciutat* (1893).

Entre los novelistas catalanes que han hecho recientemente sus primeras armas, figuran Juan Pons y Massaveu, autor de *L'auca de la Pepa* (1893), y que antes había publicado *Cuadros en prosa* y *La colla del carrer*; Dolores Montcerdá, que en algunos capítulos de *La Montserrat* (1893) demuestra rara perspicacia, desembarazo y brío; Cayetano Soler (*Tresina*), y algunos otros ingenios que no es necesario puntualizar.

Hay uno muy notable, celebradísimo por sus paisanos, que admiran en él al pintor delicado y verídico de las costumbres barcelonesas, al conocedor instintivo y profundo de la clase popular de su país, retratada en sus cuadros con mezcla de aire burlón y simpatía candorosa; al humorista singular, que así arranca al lector más displicente estrepitosas carcajadas, como remueve las sutiles fibras de la ternura. Sin embargo, la misma perfección de Emilio Vilanova <sup>1</sup> dentro de su esfera; el adaptarse á un medio social restringido, de particular y típica fisonomía; la casi ninguna semejanza que existe entre el gracejo catalán y el genuino de la literatura castellana, harían inaccesible á nuestro autor para la mayor parte de los españoles, en caso de que se tradujeran sus libros al idioma nacional. Es preciso estar familiarizado con el microcosmos de lugares y personas que en ellos se exhibe, para saborear el mérito de la copia; es precisa una disposición de ánimo, que difícilmente conseguirá quien no haya nacido en Cataluña, para asimilarse el jugo de este prosista, algo semejante, sí, por ciertos rasgos accesorios de bondad risueña y comunicativa, á Mesonero Romanos, y en ocasiones, cuando carga las tintas y recurre

<sup>1</sup> *Del meu tros*, *Entre familia*, *Quadros populars*, *Escenas barceloninas*, *Monólechs* y *quadros*, *Pobrets* y *alegrets*, *Gent de casa*, *Plorant* y *rient*.

al figurón, á Luis Taboada y otros periodistas festivos; pero que siempre conserva algo de personal y no imitado de nadie; algo que se resiste al análisis y á la crítica.

No ha escrito Vilanova narraciones de bastante extensión para que quepa darles el título de novelas, sino que se limita á reproducir, como por fotografía instantánea, escenas cómicas ó sentimentales, cuando no son las dos cosas á la vez, reduciendo la acción á sus proporciones mínimas, presentando los caracteres no más que bosquejados, y complaciéndose, sobre todo, en la animación, vivacidad y colorido del diálogo, tras el que se adivina el alma ingenua del autor, con su optimismo sano é impresionable. Por eso las emociones agrídulces que él siente primero, y que transmite á sus lectores, cruzan rápidas y fugaces, sin llegar á los profundos senos del corazón, parecidas á un celaje diáfano por donde asoman alternativamente los rayos de la alegría bulliciosa y los de la tristeza suave y resignada.

Observaré, en fin, que con ser Vilanova realista en los procedimientos, no sólo pone en sus cuadros vigoroso sello individual y subjetivo, no sólo ve las cosas á través de sus aficiones, sino que suprime instintivamente lo que está en desacuerdo con ellas, combinando la libre selección de los hechos con la fidelidad al reproducirlos.

---

Queda terminada la historia del renacimiento literario en Cataluña, Valencia y las Baleares. Lo hemos visto nacer de una serie de concausas, entre las que ocupa lugar preferente la tendencia retrospectiva y arqueológica del romanticismo en una de sus fases, el anhelo de volver los ojos y el corazón á los encantos de la Edad Media. Al exhumar las memorias de aque-

llos tiempos en que aun no existía la unidad nacional, despuntó el regionalismo literario en las antiguas provincias de la Corona de Aragón, donde la lengua nativa ha sido y es aún distinta de la oficial; donde el rehabilitar la primera, devolviéndole su perdida importancia, pareció, á algunos de los que la hablaban, empresa tan meritoria como difícil.

Iniciado el movimiento con timidez y con platónicas intenciones, lo hemos visto dilatarse rápidamente, encarnar en la institución de los Juegos florales y asociarse á la propaganda política. La emulación hace surgir una falange de poetas, buenos ó malos, pero todos entusiastas, figurando algunos de los menos favorecidos por las Musas entre los que más activamente trabajaron por el triunfo de la causa común, circunstancia que hacía imposible omitir sus nombres.

Después de la lírica apareció el Teatro provincial, sostenido por numerosos cultivadores, y que no pudieron matar las prohibiciones del Gobierno.

La libertad de acción, ensanchada durante el período revolucionario que comienza en 1868, permitió manifestar sus propósitos á los catalanistas intransigentes, y produjo escisiones profundas entre los partidarios de la tradición y los del espíritu moderno. A pesar de todo, no se detuvo el progreso en el orden puramente literario; se fundaron asociaciones encaminadas á favorecerlo, no siempre exentas de carácter político, publicándose más tarde algunas obras maestras, traducidas á los principales idiomas europeos, y empleándose el habla regional, no sólo en la poesía, sino también en la novela y en el periódico.

Hay quien ve en el renacimiento catalán un peligro para la integridad de la patria española; pero ya habrán observado los lectores que son, por fortuna, muy contados los ilusos adeptos del separatismo. Tampoco falta quien crea, por el contrario, que el brillo actual de las letras regionales en Cataluña, y más aún en Va-

lencia y Mallorca, es el brillo de un meteoro que se extinguirá muy en breve. Los autores—se arguye—carecen allí de público numeroso donde tenga resonancia su voz, que los aplauda y compre sus obras, y la última razón, aunque prosaica, bastará para concluir con los más fervidos entusiasmos. Sin decir que sea completamente infundado este raciocinio, me parecen exageradas las consecuencias y aventurada la profecía. De cualquier modo, convengamos en que la variedad, bien entendida, puede conciliarse harmónicamente con la unidad, y que las glorias de una región no han de mirarse con odioso recelo, ni convertirse en motivo de rivalidad entre los hijos de una patria común.



## LA LITERATURA REGIONAL DE GALICIA <sup>1</sup>

### CAPÍTULO PRIMERO

La antigua poesía gallega.—Causas del renacimiento contemporáneo.

**A**UNQUE hay en el alma de las razas algo que no muere, algo inaccesible á las vicisitudes de los tiempos, y que da vida é imprime carácter á las generaciones sucesivas que proceden de un mismo tronco, á despecho de las múltiples y heterogéneas influencias con que se va cruzando aquel invisible agente en el transcurso de los siglos, no es fácil distinguir en un momento histórico determinado la parte étnica de todo cuanto la modifica, ni menos parece razonable que, para el estudio de un ciclo lite-

<sup>1</sup> Los estudios en que con mayor amplitud se ha tratado hasta ahora la materia del presente, son: el libro *De mi tierra*, por Doña Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1888); el discurso *De la poesía gallega*, leído en el Ateneo de Madrid por el Marqués de Figueróa (Madrid, 1889), y *El Regionalismo en Galicia*, por Don Leopoldo Pedreira (Madrid, 1894), obra que valdría más y se leería con mayor interés, si se descartaran ciertas crudezas de expresión.